



José Jiménez Lozano

La QUERENCIA
de los BÚHOS



Cuentos



Literaria

18

Serie dirigida por Guadalupe Arbona

José Jiménez Lozano

La querencia
de los búhos

Cuentos



© Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2019

© del epílogo: Antonio Martínez Illán

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-9055-963-5

Depósito Legal: M-6259-2019

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

«Dumas padre enunció un gran principio cuando dijo que para crear un drama un hombre necesitaba una pasión y cuatro paredes».

(Willa Cather, *Para mayores de cuarenta*)

*A mis nietos:
Guillermo y Carlos,
Sofía y Marta, Sara,
Carmen y Pablo*

LA QUERENCIA DE LOS BÚHOS

—¡Ya ve lo que ha dicho la televisión, y también la radio! Que va a haber un cambio de clima, y van a venir sequías, nieves e inundaciones.

Pero, como el señor Juan, el guarda del pinar, no reaccionaba, ella añadió que la radio o la televisión había dicho también que eso sucedía por los humos de los coches y de la industria, y que iban a tomar medidas los Gobiernos.

Ella estaba dando con otras dos amigas el paseo de muchos días, y el señor Juan, el guarda del pinar, estaba haciendo su ronda de vigilancia diaria, y se había acercado a aquella fuentecilla entre aquellos chopos, donde antes había estado la ermita de la que solo quedaban ya trozos de sus antiguas paredes, excepto la pared de la espadaña de las campanas que seguía estando entera; pero los otros trozos de pared habían quedado tan a propósito en su altura para sentarse, que parecía que todo estaba allí dispuesto a intención para pasar un rato al solillo, o para echar un cigarrillo y una parleta con alguien, o a solas si se terciaba, a la sombra de la pared de la espadaña en el verano.

—Pues ¡ya ven ustedes lo que son las cosas!, que, cuando ese año hubo aquí el incendio de los rastrojos, y lo apagué yo solito, me dijeron que eso no era de mi incumbencia.

Y lo que había hecho simplemente había sido hacer un cortafuego y luego, con un balde o errada grande, que él sabía que había en la casilla de la huerta de allí cerca, echar una buena rociada de agua sobre lo que parecía el foco del fuego, y en paz, ya había sido suficiente. El resto del fuego se había consumido por sí mismo, porque eran cuatro pajas que apenas si afloraban de la tierra la mayor parte de ellas. Pero como si hubiera cometido un crimen, porque le habían dicho los técnicos de extinción que ni se le volviera a ocurrir una cosa así, porque él no tenía competencia para hacerlo. Y que los fuegos, como todo, eran cosa de especialistas.

—¿Aunque se extienda el fuego mientras tanto? —había preguntado él.

—¡Eso no es de su incumbencia! —dijo el técnico.

Así que ya no quería saber nada de nada, se había comprado un teléfono móvil, y no le avisaba al alcalde de la colilla que este o el potro habían tirado allí junto al regatillo, dijo, señalando una, porque habían empezado a hablar y se estaba desahogando; que, si no, aun estando apagada y todo como estaba, avisaría al alcalde para que este avisase al servicio de técnicos y viniera a hacer los análisis, como decía.

—Y por esto era por lo que las iba a decir que lo del cambio climático me da igual. Yo, como los pastores de antes, ya estoy hecho a calores y a fríos, y a nieve, lluvia y tempestades.

Y hasta a rayos y truenos, que es lo más temeroso, si le pilla a uno dentro del pinar.

Pero doña Lucía, la maestra, trató de convencerle de que no era lo mismo que lo que siempre había sucedido, sino algo que en el mundo sucedía por primera vez; que la tierra se estaba sobrecalentando, o ya se había sobrecalentado, el mar había comenzado a rebosar sobre la tierra, y no era que en el Polo Norte hiciera calor, pero hacía menos frío que el que tenía que hacer, y todo estaba descontrolado. Y a lo mejor iba a decir más doña Lucía, pero en ese instante levantó el vuelo de entre las piedras caídas de la pared de la espadaña de la ermita una lechuza o búho, haciendo un tal ruido con su aleteo para ir a acomodarse en su lugar, que les cortó la conversación; y el señor Juan dijo:

—¡Mira tú qué hará aquí este bicho solitario!

Pero luego se corrigió enseguida, y añadió que, como decía el otro guarda del pinar que estuvo antes que él, esta familia de las lechuzas y los búhos tenían una fidelidad a las iglesias como un perro a su amo; porque se decía que se bebían el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento, pero no debía de ser así, porque el caso era que se quedaban en las iglesias, cuando ya no había que encender ninguna lámpara de presencia o ausencia, y la gente ya no iba ni atendía el edificio para nada; y también en las iglesias medio caídas o caídas del todo, y lloviese, nevase o hiciera frío o calor. De modo que allí no había lámparas de aceite, pero esos bichos allí estaban con sus ojos como con gafas anchas de aros de oro, tranquilos y asombrados; y por algo sería esa querencia que tenían, y ya no tiene nadie en este mundo, más que ellos.

Y tanto a estos bichos, como a mí, también nos da lo mismo el cambio climático, y que la gente no vaya a las iglesias porque es la moda, y las dejen caer.

Pero entonces ellas, las tres, fueron explicando de nuevo que ya hablarían otro día, más despacio, pero que recordase y registrase en su memoria a ver si había habido un mes de octubre, ya casi noviembre como este, que parecía verano.

—Ya las digo que a mí me parece todo bien, venga como venga, hasta con frío o con calor excesivos. Pero, a lo mejor, si hace un tiempo que no tiene que hacer, aviso al alcalde para que él avise a los del climático, y lo arreglen.

—Pero no una tarde como esta, señor Juan, no nos estropee el paseo. ¡Fíjese que nos ponen una tarde de las de noviembre de algunos años!

El señor Juan se sonrió, y dijo:

—¡Pues a lo mejor vemos algo parecido! Esto, y sabe Dios qué más.

Luego se despidió y echó a andar por un estrecho sendero hacia el bosquecillo de pinos muy cercano; y ellas continuaron andando por el camino que iba hasta el cruce con la carretera, y charlando un buen rato todavía, en medio de aquel silencio.

Y, de repente, comenzó a extrañarlas la observación que había hecho el señor Juan de que los búhos y las lechuzas seguían yendo a la iglesia, y quedándose a vivir allí, cuando ya no iba nadie o casi nadie ni para estarse un poco bajo teja durante la calorina o una llovizna; y ahora mismo podían decir

hablando de ellas mismas que, casi sin darse cuenta, tampoco iban ellas que habían ido años y años tantas veces, y que estos bichos se lo preguntaban, como guardianes silenciosos. Una cosa así tenía que ser por el cambio que había habido en todas las cosas del mundo.

—Un cambio universal o algo así tiene que ser —dijo doña Águeda.

LA SUBLIME PUERTA

Llevaba muerta ya seis años, cuando los Señores Inquisidores ordenaron desenterrarla para quemar sus huesos e infamar su memoria. Durante toda su vida había sido considerada como una alta dama, espejo de casta limpia. Llevaba un alto apellido y estaba emparentada por vía materna, con los Láscaris y Comnenos bizantinos, y entre sus familiares había quienes habían muerto en defensa de Constantinopla, y en su palacio tenía una hermosísima capilla con iconos, y cuya cúpula acababa en forma de cebolla recubierta de oro y lapislázuli.

Sus antepasados todos, desde que se tenía memoria, habían sido fieles grecocatólicos romanos, pero el capellán de la casa en vida de la dama, que luego había sido arzobispo en tierras orientales, parece que había sostenido doctrinas arriesgadas desde el punto de vista teológico y adoptado posiciones políticas extrañas y sospechosas. Y no faltaron tampoco rumores de que el palacio de la dama era un nido de herejía y costumbres de una muy sofisticada depravación.

Sus señorías los Señores Inquisidores fueron recomponiendo durante años aquella vida privada de la alta dama y

ÍNDICE

CUENTOS

La querencia de los búhos	7
La Sublime Puerta	13
Remedio de aflicciones	17
El árbol seco	41
El domingo por la tarde	49
La promesa	55
La mujer del capazo	63
La solitaria	69
La doble vida	73
Los latines	77
La curación por el espíritu	83
La aduana	87
La estética	93

El jardín de fray Luis	99
La condenada	105
Las guerras antiguas	107
Ni un detalle	113
El abrigo	119
El descubrimiento	125
Blancos para un ángel	129
Excesos provinciales	133
La dignidad humana	159
La invitada	167
La ermita de San Secario	173
El Responsable	177
El superdotado	203
El plato único	207
La lluvia	211
EPÍLOGO	
Las vidas que nos acompañan	213
Nota editorial	221

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Guadalupe Arbona Abascal (Directora)

Profesora de Literatura Española, Universidad Complutense de Madrid

María Dolores de Asís Garrote

Catedrática de Literatura Universal, Universidad Complutense de Madrid y San Pablo CEU

María del Carmen Bobes Naves

Catedrática de Teoría de la Literatura, Universidad de Oviedo

Sergio Cristaldi

Professore di Letteratura Italiana, Università di Catania

Henry (Hank) T. Edmondson III

Professor of Liberal Arts and Sciences, Georgia College & State University

José Jiménez Lozano

Escritor

Jon Juaristi

Catedrático de Literatura Española, Universidad de Alcalá de Henares

José Antonio Millán-Alba

Catedrático de Literatura Francesa, Universidad Complutense de Madrid

Álvaro de la Rica Aranguren

Profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada

La querencia de los búhos recoge veintiocho historias, casi todas ellas inéditas, que nos desvelan el universo de Jiménez Lozano, cuyos recuerdos y vivencias son transformados aquí en relatos que nos sitúan ante aquellos instantes de la vida que la hacen más verdadera. Son historias en las que el autor, con una mirada joven y subversiva, a la que no le pesa la edad, nos ponen ante aquello que el silencio nombra. Y es ahí, en un gesto, en un detalle pequeño, o en el propio silencio, donde se vislumbra toda la profundidad de la alegría y la tragedia que acompañan la vida de unos personajes cuya verdad y belleza no se ven a primera vista.

«Estos cuentos son historias verdaderas y se nos quedan dentro del ánimo (...). Porque una vez que has visto la belleza en una tarde, en el cielo, no la puedes olvidar y eso queda y el narrador de estos cuentos nos lo recuerda. Hay que volver sobre estos cuentos para no olvidar que la vida está en eso que a veces no vemos y merece la pena».



ISBN: 978-84-9055-963-5



9 788490 559635